

12. TRAMA ANCESTRAL TÁCITA Y CONJETURAL

Si la difusión de la utopía (como fuerza y orientación, como hipótesis de futuro factible) es una función central de la universalidad emancipatoria, queda claro que la primera obtiene su legitimidad de los espacios presentes, reales y diferentes; de un “operar práctico” de las clases subalternas y oprimidas (contenedor de una visión mundo, de una “filosofía”); de las heterotopías de las que hablaba Michel Foucault, sobre todo de las heterotopías de “compensación” (no casualmente daba el ejemplo de las misiones jesuíticas en Sudamérica), más que de las heterotopías de “ilusión”. Esta noción foucaultiana de la heterotopía sería retomada luego por Boaventura de Sousa Santos y David Harvey.

Las heterotopías, según Foucault, son mundos dentro de otros mundos. Mundos diferentes, espacios heterogéneos. Mundos intensos capaces de alterar lo que está por fuera de ellos. Mundos que pueden erigirse en alternativa a los mundos con pretensiones homogeneizadoras (el mundo del capital, por ejemplo). En este sentido, la heterotopía también es una utopía.

Existe una rica dialéctica entre la heterotopía y la utopía. La ya mencionada toparquía, formulada por el maestro Rodríguez a comienzos del siglo XIX, retomada por Hugo Chávez casi dos siglos más tarde, es un claro ejemplo de esta dialéctica, muy representativa de la utopística del Sur. Contiene una propuesta precursora del gobierno comunal, popular y enraizado: el autogobierno de las, los y les de abajo, el gobierno de lo común por parte de los comunes, un sistema de gobierno multiescalar. La Comuna

como espacio geohumano, como territorialidad, como centro político y forma de ejercer el poder, como sistema de ocupación y gestión de los territorios de carácter anticolonial y anticapitalista. La toparquía robinsoniana propone, también, la idea de un poder local como fundamento de un poder nacional (y no a la inversa) y una concepción de la autoridad –*auctoritas*– fundada en los intereses de la comunidad y basada en las costumbres democráticas de los pueblos. En términos de José Martí: la autoridad que puede parar “la pechada al potro del llanero” y desestancar “la sangre cuajada de la raza india”. La toparquía, además, puede pensarse como una manifestación de la “utopía concreta” de la que hablaba Ernst Bloch.

Proponemos aquí un concepto que se nos presenta como capaz de contener y, al mismo tiempo, exceder lo heterotópico y lo utópico (en particular su eje antropocéntrico): la Trama Ancestral Tácita y Conjetural (TATC). La noción de “trama” cuenta aquí en varias de sus acepciones: como tejido, arquitectura y narración. La TATC, por lo tanto, se corresponde con una dialéctica entre estructura e historia.

El concepto de TATC está emparentado con otros en la misma línea, por ejemplo, el de Trama Telúrica Implícita (TTI) utilizado por diversas autoras y diversos autores. Sus significados son muy similares. Ambos conceptos resaltan las supervivencias culturales vinculadas a lógicas resistentes, aptas para lidiar con las amenazas constantes que ponen en juego la supervivencia de la comunidad; a instrumentos y rituales convivenciales; a la democracia montaraz; a los vestigios de antiguas iniciativas autónomas; a sistemas y modos de producción/ocupación del espacio social y a imaginarios instituyentes, junto a las matrices de ideas y las herencias

de comprensión ecológica que inquietan el escenario histórico y generan las condiciones para que emerjan el deseo de autonomía y las experiencias concretas de autonomía.

Nosotras, nosotros y nosotres nos inclinamos por lo “ancestral” con toda su carga materialista práctica y su sentido de mandato inspirador y memoria actuante, frente a lo “telúrico” con todo su bagaje idealista abstracto y con las cuotas de sentimentalismo reaccionario que suele arrastrar. La materialidad de lo ancestral no debería asociarse a los objetos fijos, a las instituciones rígidas, sino a los componentes activos, a un saber hacer, a un saber refundar, a una creatividad con consecuencias prácticas, a las huellas de las iniciativas autónomas de las clases subalternas y oprimidas, a unas matrices conviviales y comunicativas, y a una historicidad propia de las resistencias y de los repertorios de lucha.

Lo ancestral reúne planos “ensídicos” e imaginarios, diseños socio-productivos y sistemas de imágenes. Asimismo, incluimos lo conjetural porque implica el reconocimiento de que muchos de nuestros juicios respecto de la trama ancestral (por ejemplo: su asociación a proyectos de autonomía social y de organización socio-productiva que tienen en cuenta las relaciones metabólicas de los seres humanos entre sí y con la naturaleza, o la identificación de construcciones discursivas que reivindican la autogestión y la lucha por la recuperación del espacio público y las culturas combativas como aspectos centrales de la acción política, etc.) parten de información incompleta y se forman a partir de indicios. Lo conjetural nos sirve, además, para salir al rescate de historias posibles desechadas.

La TATC es un concepto histórico y situado que, a pesar de esta condición dinámica, tolera la asociación con diversas ontologías disyuntivas. En sentido riguroso cabe hablar de tramas, en plural. Desde ámbitos geoculturales propios de Nuestra América y del mundo periférico en general, diversas TATC dan cuenta de ejes antropocéntricos no contrapuestos a los ejes ecocéntricos y biocéntricos y de una serie de recursos preexistentes: materiales, organizativos, afectivos, simbólicos y políticos; culturales en un sentido amplio. Las TATC ponen de manifiesto un sustrato, una inteligencia colectiva.

Entre otros elementos, claros o difusos, esa trama incluye: una actitud fraternal hacia lo vivo y la primacía de la vida social frente a las lógicas productivistas, diversas tradiciones vinculadas a sistemas de propiedad comunal (o “social”) y de democracia directa, unas formas comunitarias de gestionar el excedente y de hacer que la riqueza social no asuma la forma valor y no produzca la fractura metabólica que mencionábamos. Asimismo, contiene opciones por los consensos simétricos y tendencias a conjurar el Estado y a jerarquizar lo comunal; filiaciones con una crítica radical a los privilegios gubernamentales de las elites y a los aparatos políticos, algo que históricamente se ha expresado en prácticas destituyentes de la República burguesa.

De diversas maneras, la TATC ha oficiado como emplazamiento idóneo para asentar los pilares de la autonomía política y la soberanía nacional-popular, para consolidar una economía endógena y propiciar unas formas de inserción en el “mercado mundial” no subordinadas; en fin, la TATC puede hacer posible lo que Samir Amín llamaba la “desconexión”.

Finalmente, cabe destacar la preferencia por lo práctico frente a lo contemplativo, por unas praxis que refuerzan los medios (la “baquianidad”) de las clases subalternas y oprimidas en la lucha de clases, etc. La sola constatación de la existencia de esta trama nos alienta a pensar en un momento fundacional de otras matrices económicas y políticas no colonialistas y no capitalistas: en la viabilidad histórica de los modelos contrahegemónicos. Es decir, la TATC no se limita a la denuncia y a la crítica del presente, sino que funge como fundamento de la reconstrucción, como reserva de futuro.

Walter Mignolo destaca los “recuerdos del pasado indio” y de “las comunidades de ascendencia africana”. Adrián Cangi habla de unas “raíces indias y negras”, de unas “sensibilidades” amerindias y afroindias, que “elaboraron una concordancia entre producción y necesidad, negándose a ir más allá en un ideal de acumulación”. Esa concordancia, que se relaciona con destrezas de supervivencia frente a una agresión de siglos, también puede ser incluida en la TATC.

Sin embargo, en otros ámbitos geoculturales dizque “centrales”, en Europa o en los Estados Unidos, también se pueden identificar y rastrear TATC con contenidos similares (asociados a proyectos de autonomía social), entre otros: un rechazo espontáneo a la heteronomía o, directamente, la reivindicación de la autonomía política, de los derechos comunales, la autogestión y el autogobierno. En general, estas TATC exponen una visión de los derechos consuetudinarios como prefigurativos de leyes racionales y de instituciones alternativas a las que se basan en la propiedad privada de los medios de producción.

Al margen de sus conexiones con un acervo de siglos, las propuestas y desarrollos comunales más recientes expresan también un conjunto de respuestas a los efectos característicos del neoliberalismo y de la crisis del paradigma fordista y bienestarista, con sus impulsos a la sustitución del tiempo de trabajo directo (o vivo) por el tiempo de trabajo social objetivado, con la consiguiente desvalorización de la fuerza de trabajo como forma social capitalista de la productividad. Para Andrés Antillano, entre otras autoras y otros y otras autores, ese conjunto de respuestas tuvo como correlato un “desplazamiento de la lucha de clases”: de la fábrica al territorio. Ya hemos hablado de eso. En todo caso, agregamos, ese desplazamiento se produce sobre el sustrato provisto por la TATC. Algunas conjeturas optimistas nos permiten pensar en la comunidad autoorganizada como un espacio donde el trabajo directo subsiste mientras impugna el control del capital sobre el trabajo objetivado.

La heterología y la universalidad usualmente se presentan como términos incompatibles. La primera con su saber sobre lo otro, sus discursos narrativos, sus géneros polimorfos y su rechazo de toda representación homogénea del mundo. La segunda con su “ejemplaridad”, sus discursos sistemáticos, sus géneros homogéneos y comprometida con las representaciones homogéneas. A pesar de estas diferencias, consideramos que es necesario pensar una relación posible, una fertilización cruzada (y en sentido emancipatorio).

13. UNIDAD Y MULTIPLICIDAD

En síntesis, apelando a ciertas formas del “perspectivismo”, proponemos construir “lo común”: el nombre común de la humanidad crítica, la sociedad comunal, a partir de “lo propio” de las comunidades autoorganizadas. La parcialidad como “totalidad ‘efectiva’, no proclamada” de la que hablaba Pier Paolo Pasolini. De este modo, la universalidad crítica y emancipatoria, siendo una, no deja de ser hija de lo múltiple, un producto de la coexistencia de varios universos y muchas vías. La universalidad como una conciencia común que emerge de la heterogeneidad y de procesos intersubjetivos colectivos. No es un ideal único con el cual cada quien debe confrontarse todo el tiempo. El nombre común se deriva, entonces, de la puesta en común de cada comunidad autoorganizada, de la relación que sostiene con sus propios valores. No hay posiciones privilegiadas. No hay un centro distribuidor de axiomas homogéneos.

Se invierte el orden tradicional de las encarnaciones. El Uno abstracto no se “encarnaría” en lo múltiple, no preexistiría a lo propio. Es el Uno adaptado que dona y recibe, que no quita. El Uno, el “centro”, como construcción histórica, es efecto de la política, no la preexiste. El Uno, de este modo, no funge como un Dios (ni como un sustituto), sino como un simple auxiliar del sujeto. Así, la igualdad se mantiene como valor fundamental pero no se nos presenta como un valor absoluto y no se confunde con la identidad.

Como puede apreciarse, esta universalidad es “subjetiva”. Hace décadas Félix Guattari tuvo la inmensa lucidez de anunciar (y demostrar) que el capital no es una categoría

abstracta, sino un operador semiótico (un poderoso adoc-trinador) y que las oprimidas y los oprimidos podemos desear en contra de nuestros propios intereses. Por lo tanto, sería imposible llenar un vacío de significación o desplazar significados hegemónicos sin una voluntad y una decisión fundacionales. Sin embargo, esta universalidad “subjetiva” se integra con “objetividades” que la nutren de potencia instituyente. Aunque a veces imperceptible, la dialéctica entre las partes (con sus relaciones mutuas) y el todo no deja de trabajar en los intersticios de la historia.

Se trata de una universalidad no basada en alguna esencialidad a priori, más allá del consenso respecto de la predisposición de una buena parte del género humano a la reciprocidad, la comunidad y la eticidad. Por lo cual no puede ni debe ser compulsiva, totalitaria, abstracta, autosuficiente, cerrada o impuesta desde arriba. Intentamos comprenderla como algo diferente a una categoría apriorística o una meta-teoría formal, como lo opuesto a una voluntad externa o un poder opresor ubicados en la cima de una jerarquía.

Sería esta una universalidad que detesta la monotonía y que no puede ni debe ser fruto de la generalización de lo exactamente igual: la consecuencia de un plagio terco. Una universalidad dispuesta como encrucijada, pero no de esencias conjeturales o de unas supuestas fuerzas naturales y prepolíticas de las, los y les pobres de la tierra, sino de diversas experiencias de existencia social que proyectan una conciencia plebeya, de pulsiones comunitarias, de *ethos* y praxis sociales incompatibles con el capitalismo.

Tendríamos así una universalidad producida molecularmente. Hecha con inmanencias conflictivas que contrarrestan espontánea y/o conscientemente los efectos

disolventes de la ley del valor y están consustanciadas con los fundamentos (y el poder subjetivador) de la propiedad común, la producción de lo común, una división del trabajo diferente a la del capitalismo, la “economía moral” y la deliberación colectiva (democracia comunal). Una universalidad compuesta a partir de las vivencias anticipatorias (o prefigurativas, si se prefiere) de una sociedad autoemancipada y de acontecimientos autogenerativos de distinta escala, gestados por alteridades plebeyas. Una universalidad producida con terrenalidad concreta, confeccionada con los deseos del proletariado extenso. Deseos en los que está siempre presente la vida real. Una universalidad con arreglo a las soluciones empíricamente exitosas. Resulta evidente que esta universalidad no se deriva de una condición negativa, del mero lugar de las supervíctimas, de los padecimientos de las, los y les disidentes. Tampoco debería confundirse con una metafísica inmanentista.

De este modo, imaginamos dicha universalidad como un gran río que se va formando a partir de otros ríos más pequeños y de incontables arroyos mínimos, muchos de ellos subterráneos e invisibles, y que va creciendo lentamente en su caudal. Ahora bien, esta imagen “hídrica” puede resultar insuficiente porque la universalidad, delineada de este modo, generaría por sí misma condiciones para trascender el sentido de lo prefigurativo (y lo confluyente).

No tenemos dudas de la condición universalizable de los sistemas comunales. En ellos subyace una “contra universalidad” en potencia. En última instancia, la universalización de la comunidad autoorganizada no es otra cosa que la universalización de un movimiento que tiende a la superación de la escisión entre política y economía, entre el

ethos y el *topos*. Sin mayores esfuerzos, podemos constatar las posibilidades de universalizar todo aquello que se basa en el carácter antagónico (y alternativo) al capitalismo, en la crítica a la propiedad privada, al heteropatriarcado y a los sistemas liberales basados en la democracia liberal burguesa.

Va de suyo que no nos seducen ni las rehabilitaciones de la vieja universalidad emancipatoria característica del siglo xx —religiones ancestrales, viejos relatos portadores de utopías garantidas—, ni los cambios en el contenido que la conservan igualmente abstracta. Aun así, no podemos dejar de reconocer la importancia de las miradas selectivas respecto de la vieja universalidad, y de los principios inquebrantables y la necesaria continuidad de algunas invariantes: la predisposición antijerárquica, igualitaria e internacionalista, por ejemplo. Por eso hacemos la apuesta por otras formas de recrearla y enunciarla, formas dialécticas que componen universales concretos.

En nuestros días, toda invocación a una universalidad abstracta, toda defensa abstracta de postulados humanos y vitales, indirectamente, termina ratificando al mundo tal como está. Peor aún, refrenda las tendencias y el curso actual del mundo. Alienta las “crueldades necesarias” y a las fuerzas más oscuras; concretamente: promueve el fascismo.